

## AFORISMOS Y DEFINICIONES

Y



¿Y qué es eso de la sociología? — podemos preguntarnos —. Y recordar lo de aquel catedrático que se creía escolástico y que hacía contra la sociología la objeción, para él de gravísimo peso, de que ha tenido que denominarse con una palabra híbrida, compuesta del latín *socius* y del griego *logia*. Eso de *sociología* pareciale casi tan absurdo como lo de *burocracia*, sin percatarse de que fueron los escolásticos, a los que él decía pertenecer — sin conocerlos, ¡claro! —, los inventores de esas palabras bárbaras.

¿Y cómo le llamaríamos, si no, a la sociología? ¿Acaso *demología*? Así entraría el *demo*, o pueblo, de demagogía y democracia. Sin que se nos pueda argüir que la categoría de sociedad es más *demónica* y menos comprensiva, por lo tanto — que la de pueblo, ya que cabe hablar del pueblo de las hormigas y del pueblo de las abejas. Republicano el uno y monárquico el otro, según dicen los naturalistas antropomorfizantes. Mas de esto trataremos aparte, al hablar de la monarquía de las abejas y de si es la reina o son los zánganos los que en ella reinan sin gobernar. «República» llamó Don Quijote a la de las «solicitas y discretas abejas», y ya diremos por qué la llamó así, aun sabiendo que tienen reina.

¿Qué es eso de la sociología? ¡Cualquiera lo sabe! Sólo nos atrevemos a hacer una proporción, diciendo que la sociología es a la historia lo que la pedagogía es a la educación. Y no decimos a la psicología porque todas las logias nos parecen igualmente enrevesadas. Y habría que empezar por definir la *logología*. Que acaso no es sino lo que se llama la filología.

En cuanto se anuncia una conferencia sociológica ya vamos dispuestos a divertirnos. Allí la historia no sirve mas que para suministrar ejemplos. Y luego viene la estadística. Es el triunfo del sistema métrico decimal, del *kilo* con *k*. Ahora, que el pueblo, que no tiene noción ni de la medida ni del tiempo ni del espacio, se queda en ayunas.

Nos contaba un ingeniero agrónomo, empleado en el catastro rústico, lo que le

costaba el conseguir que en ciertos pueblos le diesen medidas superficiales de las tierras de cultivo. Para ellos, diez, doce o veinte fanegas no eran fanegas de extensión superficial, sino fanegas de valor, fanegas de sembradura. Una tierra buena que admitiese doble semilla que otra, la presentaban como teniendo doble extensión. Y ni lo rectificaban, haciéndoles ver que así se perjudicarian, porque habría de aparecer el terreno bueno mucho más que el malo. Pero ¿es que no tenían razón los campesinos?

¿Es que un terreno arenoso, en el que cueste andar, no es más largo que otro más sólido? ¿Es que no hay leguas cortas y largas? Se ha querido remediar esto de las leguas cortas y largas con los kilómetros, ya que éstos, gracias a su *k* sobre todo, no son de tira y afloja. Pero ha venido Einstein, y donde se aplicaba la extensión nos ha introducido el valor o la valencia. ¡Y adiós metro y adiós línea recta! Y adiós todo lo métrico y rectilíneo, como suele ser la sociología.

¿Pero si no cabe definir la sociología, no definiremos la demología? Para ello habría que definir antes el *demo*, o pueblo, ¡y cualquiera define a éste, al pueblo, sobre todo si es soberano! ¿Qué es el pueblo? Eso es como preguntar qué es el proletariado o qué es la burguesía. Términos que sólo cabe emplear artísticamente, con intención retórica y para un fin práctico, y aun mejor, humorísticamente. Humorísticamente, sí; *burgués*, como *filisteo*, se siente lo que quiere decir. Se siente; pero no es posible definirlo. Como no se puede definir lo que es *romántico* ni lo que es *castizo*. Y es que la historia no se define, sino que se indefine. No hay mejor modo de definir la Revolución francesa que contarla.

En el fondo es que se quiere exponer cuantitativamente, por estadística, lo que es, no sólo en absoluto incommensurable, sino puramente cualitativo, lo que es cosa de dirección. En matemáticas se nos dice que el orden de factores no altera el producto, y que si  $ab = c$  será también  $ba = c$ ; pero en la línea  $a - b$  no es lo mismo la dirección de  $a$  hacia  $b$  que la dirección de  $b$  hacia  $a$ . Se nos dirá que si la dirección  $ab$  se nos aparece de izquierda a derecha no hay sino dar la vuelta al papel, mirarlo del revés, y resultará de derecha a izquierda, y que hasta en la historia podemos mirar los sucesos del revés. Es el problema del huevo y la gallina. Y como una línea, una dirección histórica, no es homogénea, no es reversible. El tiempo, dicen, no se revierte. Pero, ¿de veras? ¿Nunca sucederá, acaso, que al terminar de arrollarse la historia, como se va arrollando del enjullo del pasado hacia el del porvenir, cambie de dirección y empiece a arrollarse en sentido opuesto, del porvenir al pasado, y que toda la trama de la vida sea el vaivén de una lanzada en el telar de Dios? Y todo ello un movimiento en círculo.

En nuestras esferas de reloj de torne va la aguja del minutero de izquierda a derecha, y hacia abajo desde las XII a las III; luego, de derecha a izquierda, y hacia abajo también, de las III a las VI; de derecha a izquierda, y hacia arriba, de las VI a las IX, y de izquierda a derecha, y hacia arriba, de las IX a las XII; cuatro direcciones y una sola dirección. Y a propósito: si vieran ustedes en las ruinas de una torre un signo así: IA, ¿se les ocurriría pensar que



LA EDAD DE ORO, POR ADOLFO OBERLINDER



son las VI de un reloj, que, invertidas, suelen representarse? Pues el dar, desde luego, en que esas son las VI de un reloj supone que el sentido matemático no ha ahogado en nosotros al sentido histórico. Y suelen meterse a sociólogos los que, horros de todo sentido histórico, se ven perplejos cuando se encuentran con una IA. Suponen que al segundo signo le falta un travesaño, que es una A sin él, y se ponen a cavilar sobre lo que quiera decir el IA. Una cosa así como los fonetistas en lingüística, que suelen tropezar en las transformaciones de sentido.

A un amigo nuestro, por ejemplo, se le antojó que así como *desbarajustar*

se ha hecho del cruzamiento de *desbarajar* con *desajustar*, y *apretujar* del de *apretar* con *estrujar*, si *escalimar* no será un cruce de *escamar* con *estimar*. Fué con su hipótesis a un filólogo de sistema métrico decimal, fonetista, estadístico y cuantitativo, y le contestó que no veía la relación entre *escamar* y *escamarse* y *escalimar*. Nuestro amigo, que es, como el pueblo, poeta, y que está habituado a inventar metáforas, no logró convencerle de la probabilidad de esa relación estética a un hombre que le pedía documentos. Y es que nuestro amigo es un historiador, y el filólogo a quien acudió es un sociólogo.

Le preguntábamos una vez a un estu-

dante de lógica, que andaba con eso de la extensión y la comprensión de los conceptos y que nos decía lo que le enseñaron, que el concepto de Ser o Cosa es el más extenso y menos comprensivo, cuál sería el más comprensivo y el menos extenso, y después de dar mil vueltas, no acertó con que es el concepto histórico del Universo, o sea la Historia del Universo, el Universo en su pasado, presente y porvenir, o sea en Dios; Dios más bien. «Pero eso es a la vez—nos dijo—lo más extenso?» «Y lo más profundo»—le contestamos.

Ahora podríamos extendernos, es decir, profundizar, explicando cómo si lo sociológico es discutir una teoría—la del

salario, la del contrato social, la de la soberanía—, lo histórico es discutir, y aun mejor que discutir, triturar una persona concreta e individual. El que en política no personaliza, no individualiza más bien, es que carece de sentido histórico.

Demóstenes no perdió el tiempo en disertar sobre la tiranía, sino que atacó a Filipo de Macedonia. Y el que quiera aprender política hará mejor en leer la historia de la guerra del Peloponeso, que para siempre trazó Tucídides, que no la República de Platón. Era en Tucídides, y no en Platón, donde Demóstenes estudiaba.

Miguel de UNAMUNO

# INTERMEZZO.-RAPSODIA FILOSÓFICA

ENORMES ocupaciones profesionales han absorbido mis horas de estudio y de trabajo en esta última quincena de mayo; y no me ha quedado tiempo para ordenar un nuevo capítulo de mis impresiones de tierras itálicas ni uno de mis comentarios de lector. Por esto voy a dedicar mi conversación de hoy a un pequeño *scherzo* filosófico, de filosofía *sin saberlo*, al modo de monsieur Jourdain...

No pude asistir, como hubiera deseado, a la visita al poeta Antonio Machado, mi ilustre compañero de profesión, a cuyo retiro de Segovia llevaron algunos amigos un homenaje de admiración y cariño. Pero voy a dedicarle, como asociación a aquella jornada de afecto, mi comentario de hoy, glosando una nota de mis cuadernos de juventud, análoga a otro concepto que vi también, hace algunas semanas, en un verso de Machado, inserto en el semanario *España*.

Dice mi nota juvenil: «Quiero invertir, paradójicamente, el principio cortésiano: *Cogito, ergo sum*. Pienso, luego existo.—Yo digo, inversamente: *Cogito, ergo non sum*. Pienso, luego no existo.»

No intento abandonarme ahora al monólogo de Hamlet, laberinto enloquecedor del espíritu. Pero es útil someter a revisión los pensamientos inmortales. Las ideas fecundas tienen sexo, y el deber de todo hombre pensador es fecundarlas. No debemos respetar las ideas ajenas, sino poseerlas, *conocerlas*, en todo el profundo sentido etimológico de la palabra, tan vivo en el texto bíblico. Así podremos fecundarlas para que nos den hijos, o más propiamente, *hijas*, capaces también de ser fecundadas.

Pienso, luego no existo... ¿No será ésta la verdadera fórmula de la conciencia? ¿Cómo llegamos a persuadirnos de que existimos? Por la vía de la razón no será, porque llegaríamos a persuadirnos de que *no somos*. La vida es el más irracional de los absurdos. ¿Hay alguna razón para que existamos? Ninguna. ¿Tenemos algún fin conocido, evidente? Ninguno. Luego *no existimos*. Quien concentre el pensamiento en esta meditación llegará a abismarse en un verdadero misticismo de nirvana. Se desvanecerá en la evidencia de la irrealidad de su vida. Se diluirá en el Gran Todo, o mejor, en el Gran Nada, sintiéndose hipnotizado por él. ¿Es posible que se haya alterado la normalidad majestuosa del orbe hasta el punto de que *yo* haya comenzado a existir, en un momento de concentración de materia y energía? No es posible. Luego no soy.

Sólo hay una sensación que pueda destruir este perfecto razonamiento: la presencia de la Muerte; la necesidad de la Muerte para sacudir ese lazo en que

se ha enredado mi pie, al azar de los caminos infinitos... El dolor, pues, nos despierta de aquel nirvana. El dolor de un futuro ineludible. Una sensación, no una razón.

La vía de la razón es, pues, inútil para darnos cuenta de nosotros mismos y generar nuestra conciencia. ¿Será más útil la vía de la sensación? Ensayemos la vía sentimental, ya que no nos da resultado la vía racional.

El testimonio de los sentidos nos da cuenta de la existencia de los demás antes que de la propia. Hay un sentido *épico* antes que un sentido *lírico*. El primer momento en el proceso de la conciencia será éste: «Siento, luego SON.» *Sentio, ergo sum*. Me persuado de la existencia porque siento que los demás existen, antes de saber que existo yo. Por algo se proclamó como muy difícil el conocimiento de sí mismo. Así, como en toda literatura el género épico precede al lírico en su formación, así en psicología tenemos conciencia del ser de los demás antes que del propio. La percepción de la vida colectiva y de la vida natural es anterior a la de la vida individual. El no-yo, el espacio, la vaga noción de los dioses, preceden a la noción, ya más complicada, del yo.

Segundo momento, en esa inducción progresiva de la conciencia: «Son, luego soy.» *Sunt, ergo sum*. Ellos, los demás, existen; luego yo, por analogía, existo también. El conocimiento de la vida como fenómeno no puede basarse más que en el conocimiento de la vida de los otros

hombres, porque, de lo contrario, no tendríamos término de comparación; no habríamos asistido como espectadores a la formación, desarrollo y destrucción de las otras vidas. Nos faltaría campo de observación y experimento. Cuando nuestra razón se forma, no puede ya estudiar su despertar lentísimo, el desarrollo de la conciencia y de la personalidad, a contar desde el nacimiento. Y sin el espectáculo de la muerte, careceríamos de términos para definir la vida, para destacar nuestro espacio y nuestro tiempo personales en el espacio y el tiempo exteriores. Sin la muerte, nuestra conciencia sería rudimentaria, tosca, elemental, difusa. La muerte nos da, pues, el conocimiento pleno de la vida. De la suma negación surge la más poderosa de las afirmaciones: la de la vida individual. Así, el sentido lírico es hijo de la Muerte.

Pero es tan enérgico nuestro instinto de conservación y eternidad, que nuestra conciencia no nos dará tampoco la convicción de nuestra muerte futura. Aun la experiencia, renovada continuamente, de la muerte de los demás, nos parece una leve presunción de nuestra muerte, la cual, para la secreta esperanza de cada uno, no ha de llegar jamás. Es una vaga contingencia, colocada en un mañana indefinido y remoto; y todo hombre que estime en sentido de inmortalidad su propia vida, morirá en la víspera de *hacer algo*, de producir la obra malograda y querida, hijo nonnato que nos llevaremos en la gravedad fallida de nuestra mente.

Tercer momento, en esa cadena de inducciones, después de la conciencia de vida, la conciencia de inmortalidad. Vemos que, más allá de las vidas que van pasando, otras vidas se forman, se reproducen, mueren. Sabemos, por la tradición inmemorial, que desde tiempo indefinido otras vidas nacieron, se transmitieron, se extinguieron. Concluimos que, según el orden natural, otras vidas se plasmarán, se multiplicarán, se desvanecerán... *Sunt, ergo erant et erunt*. «Son, luego eran y serán.» Es el sentido del tiempo infinito, alma del espacio, principio dinámico de la esencia, potencia en eterno *devenir*. Es el sentido trágico, la noción de la presencia y de la persistencia sin fin, más allá de nosotros y sobre nosotros, alimentándose de nuestra carne, según el mito saturniano.

Pero de esta última fórmula, que asegura la continuación de la vida como principio, de la vida en los demás como entidad neutral y colectiva, ¿puede desprenderse la continuación de nuestra vida personal? ¿Podremos decir también: *Sum, ergo erant et ero*, «Soy, luego era y seré»? Este es el sentido de inmortalidad, tan arraigado en nuestros espíritus, más vivo ciertamente como deseo que como evidencia, como idealidad que como realidad.

El principio: *Son, luego eran y serán*, expresa la eternidad real de la materia y la conservación de la energía. El principio: *Soy, luego era y seré*, expresa la eternidad de la conciencia personal, o por lo menos de la energía personal, lo que se ha entendido siempre por *alma*. Y como hemos perdido la conciencia de toda vida anterior, nos aferramos a la esperanza de la vida posterior, de la vida futura. La creamos, improvisándola, *inspirándola* en nosotros, a manera de un segundo Génesis, por la eficacia de nuestro deseo. No nos resignamos a que la *Natura* sea *Mortura*, como proclamaba Schopenhauer.

Pero todavía hay otro sentido: el de resurrección. El de vivir *en los demás*: en la persistencia de nuestra obra, de nuestra huella, de nuestro nombre. Es la sed de gloria, *sol de los muertos; alba de oro*, como dijo Rubén Darío, presintiendo su inmortalidad.

Y nuestro sentido trágico o de *Pasión* no sería perfecto y completo si no tuviese un sentido de esperanza en el día de triunfo: en nuestra Resurrección, por el eco de nuestra palabra, que nos permita conversar y discutir en el *agora* ciudadana cuando nuestra vida ya esté libre de vejez y de corrupción.

## LOS POETAS

### Tipo vasco

Nació cuando la encina de la heredad vecina; apenas si recuerda la fecha en que nació; después de muchos años, se desplomó la encina sobre la antigua selva; pero su cuerpo, no.

Fué capitán de un barco mercante que está en ruina hace veinticinco años; tres veces naufragó: una, en el Amazonas, de viaje a la Argentina; otra, en Islas Canarias, y otra, en Fernando Póo.

Alcalde de un pequeño pueblo de gente fosca, vive solo en su barca, fuma en su pipa tosca y no suplica: manda como cualquier patrón.

De vez en cuando mira la paz del horizonte, tranquilo, y esperando la barca de Caronte, en cuyo viaje él mismo dirigirá el timón.

Alfonso CAMIN

Gabriel ALONAR